



CAPÍTULO XXIX

EUROPA HASTA 1889

Francia.—Resentimientos entre Francia y Prusia.—Pretextos tomados con motivo de la elección de monarca para España.—Opiniones contrarias á la guerra en Francia.—Benediti.—Despachos oficiales.—Excitación contra Prusia.—Preparativos en Prusia.—El patriotismo ahoga la voz de la prudencia.—Thiers.—Declaración de guerra.—Primeros desastres.—Sitio de París.—La Commune.—Los Alemanes en París.

DUELO á muerte existía desde mucho tiempo entre Francia y Prusia, y precisamente la caída del trono de la reina doña Isabél II, de España, fué la que puso las armas en las manos de ambos combatientes.

Buscaban un pretexto, y le encontraron en la candidatura para el trono español del príncipe de Hohenzollern.

Esto en realidad, como hemos dicho, no fué otra cosa que el pretexto, puesto que la causa inmanente permanecía siempre, datando desde la época de Luis XIV, desde las invasiones del Palatinado por los franceses, recrudeciéndose con motivo de las campañas de Napoleón I, sin que fuera bastante á calmar la sed de venganza de Prusia, la horrible hecatombe de Waterloo.

Y que este odio no se había extinguido, demostrándolo está la siguiente contestación que los estudiantes de Berlín dieron á los de Estrasburgo, cuando por efecto de la cuestión del Luxemburgo dirigieron los franceses á aquéllos.

He aquí los términos agresivos de aquella contestación:

«A los estudiantes de Estrasburgo:

»No puede convenir á la Burchenschaft alemana la predicación de la paz, en un momento en que hemos debido acabarla por otras humillaciones de nuestra patria, en un tiempo en que nos han venido de Francia otros oprobios, en que hemos sido amenazados de otras usurpaciones de territorio alemán.

»No vemos que nuestra manifestación, por demás vaga, sea oportuna tocante al caso práctico de la cuestión llamada del Luxemburgo. Como para nosotros, como para todo hombre honrado que sepa distinguir lo *tuyo* ó lo *mío*, no hay más cuestión que la de ser el gran ducado del Luxemburgo, lo mismo que el Sleswig-Holstein, lo mismo que en otro tiempo la Alsacia, un país alemán, una propiedad imprescriptible de la nación alemana, y los últimos sucesos no pueden haber cambiado en nada ese buen derecho. Nosotros los alemanes somos un pueblo pacífico y no un pueblo ávido de conquistas. Pero queremos guardar lo que nos pertenece, y guardarnos de los ladrones.

»Miramos como traidor á la patria y á la nación,

á todo alemán que, por evitar una guerra defensiva que se hiciera para rechazar pretensiones descaradas, fuese de parecer de evacuar un país alemán aconsejando una paz vergonzosa.

»Respecto del punto de vista en que vosotros, estudiantes de Estrasburgo, os colocáis para dirigirnos á nosotros, hemos significado ya más arriba que este punto de vista no podíamos aprobarlo; pero es más, hemos de decir que ese punto de vista nos ofende profundamente.

»Vosotros, habitantes de Alsacia, nos habláis como franceses, y, sin embargo, lleváis la mayor parte apellidos alemanes; sois de raza alemana, sois los nietos de aquellos *alemanen* que por espacio de un millar de años han mostrado en Alsacia

que no formaban el retoño peor de la raza alemana, de aquellos *alemanen* que, á través de nuestra historia, se educaron en la literatura, en el arte lo mismo que en el poder en íntima comunión con nosotros. Por espacio de mil años Alsacia fué una parte independiente y gloriosa del derecho alemán, baluarte elevado contra ese pueblo vecino, esos velches (raza latina) que no pueden permanecer en reposo.

»Mas ¿qué se hizo aquella Alsacia? Hoy no es más que una provincia subyugada de la cual se arranca toda vida independiente y libre con la lengua y las costumbres alemanas, dependiente de París, despreciada de los verdaderos franceses, que os llaman «esos bestias de alsacianos». Sois sub-



EL GENERAL MELIKOFF.

ditos de Francia; mas ¿sois por ventura franceses de nacionalidad? ¿Os habéis trocado de la noche á la mañana en latinos, habiendo sido germanos siempre? Nada más que dos siglos ¡oh vergüenza! han bastado para haceros olvidar una historia de mil años, para haceros olvidar cómo la Alsacia y cómo las ciudades de Metz, Toul y Verdun, y cómo Nancy, fueron convertidas en francesas.

»¿Acaso el Rhin alemán, vuestra catedral, los cantos de Alemania, si aun sois capaces de comprenderlos, no os gritan cada día, á cada momento que sois alemanes? Queréis á toda costa ser franceses, y en mengua y oprobio vuestro, cantáis ¡oh Francia, patria mía! en vez de nuestra invocación: «Alemania, Alemania sobre todo». Nosotros os decimos «Conoceos á vosotros mismos.»

La respuesta de los jóvenes estudiantes de la Universidad de Berlín es un verdadero bosquejo del espíritu que animaba al pueblo alemán contra el francés, espíritu que se dejaba sentir en cuantas controversias se suscitaban entre los dos países, en los cantos populares y en cuantas manifestaciones hacían unos y otros. Cuando la guerra de Italia, los habitantes de Kehl paseaban por su calle mayor, casi á la vista de los estraburgueses, un cálido vestido de soldado francés, y lo quemaban bailando en torno de la hoguera y repitiendo sus estribillos populares *vaterland's lieder*.

Así estaban las cosas hasta la guerra de Italia; y después de la batalla de Sadowa hasta 1870 aun aumentó el coraje de los prusianos contra los franceses, que representaban para ellos el adversario

absoluto de la unidad alemana. El barón de Stoffel dice, hablando del espíritu público de Alemania: «Lejos de excitar hoy la Francia simpatías á Prusia, es al contrario, objeto de odio para unos, de envidia para otros y de inquietud y desconfianza para todos. Insistiré principalmente sobre este impulso general de inquietud y malestar que nos enajena toda la Prusia, y que es la consecuencia fatal de 1866.

» El malestar es aquí más profundo que en Francia; cada cual siente de una manera más ó menos vaga, que el estado actual de las cosas no es más que provisional; la duda y el temor existen en todos los ánimos; los negocios languidecen; el marasmo está en todas partes. La opinión general que de eso resulta, se traduce con palabras como éstas: «Todo esto cambiaría si la Francia quisiera dejar de meterse en nuestros negocios». Y se acumulan cien acusaciones contra Francia; se le echan en cara el papel que ha desempeñado durante el armisticio de 1866, impidiendo á la Prusia dictar la paz en Viena; los celos excitados por el buen éxito del ejército prusiano; sus susceptibilidades infundadas, sus pretendidos armamentos, su pretensión en meterse en los negocios de los países extranjeros, etc. Esa situación no tiene nada que deba admirarnos, porque es la consecuencia forzosa de los sucesos y de la rivalidad de los dos pueblos. Mas yo he tomado á empeño precisar el carácter, para mejor demostrar que él traerá infaliblemente la guerra.»

De modo que bien hemos dicho al principio que de los sucesos de la revolución española de 1868 nació el pretexto de la guerra franco-prusiana, y solamente pretexto debe llamarse el incidente que hizo estallar la rivalidad entre las dos naciones. Y como quiera que esa cuestión toca tan de cerca á nuestra nación, no es de extrañar que insistamos en esta exposición de las causas de la guerra que vamos á historiar sucintamente.

La Prusia era enemiga de Francia, la Francia era enemiga de Prusia; un incidente había de encender la guerra entre ambas naciones.

El Imperio declaró la guerra.

¿Cometió esa imprudencia con alguna oportunidad? Eso vamos á examinar. Bajo todos conceptos convenía á la Francia no dejarse prender quizá, en las redes que pretendía tender á su rival. Cuando Napoleón, desengañado ya al día siguiente de Sadowa, viendo que Bismark vencedor no mantenía las promesas de la víspera y no le ofrecía una rectificación de fronteras, había tenido la tentación de apelar á las armas respecto del Luxemburgo, que

los prusianos guardaban; y puede decirse que ese *casus belli* habría sido indudablemente mejor que el escogido torpemente en 1870. Si la guerra era inevitable, lo que negamos, por cuanto cediendo algo los franceses, se habría aplacado el odio que inspiraran y seguían inspirando á los prusianos; si era inevitable, decimos, no era á todas luces cuatro años después de Sadowa cuando convenía hacerla.

Cuando Prusia y Austria atacaban el Sleswig-Holstein, aliándose monstruosamente para aplastar una nación pequeña; cuando se bombardeó á Duppel; cuando aquellas dos naciones empeñaron contra la heroica Dinamarca aquella obra de donde había de nacer su rivalidad; cuando, por fin, Inglaterra se ofrecía á secundar á Francia, era cuando ésta podía de fijo intervenir en el conflicto, causa primera del desequilibrio europeo, ó bien cuando la Prusia, rechazando á los soldados de Austria y sus aliados, tenía todavía ante sí el sólido ejército de Benedeck; cuando la potencia militar del Austria no estaba todavía absolutamente quebrantada; cuando la voz respetada de la diplomacia francesa, apoyada con doscientas mil bayonetas lanzadas á orillas del Rhin, era capaz de impedir la derrota austriaca de Sadowa ó de obligar á la Prusia, ávida de unificarse, á dar satisfacción á Francia; entonces, también entonces, hubiera debido ésta intervenir.

O bien, cuando á despecho de las promesas secretas y de los tratados públicos, Prusia no se detenía á orillas del Mein y se anexionaba las provincias, so color de unificarlas, fundaba distintos reinos bajo la plantilla de su organización militar; cuando vacilaba en evacuar el Luxemburgo; cuando parecía querer retener á pocas leguas de Thionville y de Metz aquella formidable plaza de armas, la Francia podía también intervenir, porque entonces hubiera tenido de su parte el apoyo moral y acaso material de Europa.

Pero siempre triunfó la diplomacia prusiana de la política indecisa del Imperio francés. Siempre Napoleón, en el acto de tomar un partido, se quedó vacilando, y mientras dejaba pasar el tiempo, Bismark continuaba su obra con esa constancia incesante, con esa irresistible fuerza germánica, cuya aparente pesadez y flema va más adelante que los saltos franceses, seguidos á menudo de fuertes caídas. Y no puede decirse que Napoleón ignorase los temores que amagaban á su imperio; además de los avisos del coronel Stoffel, de las cartas del general Ducrot, de las comunicaciones y consejos apremiantes del señor de Beust, tenía conocimiento

exacto de las idas y venidas de Moltke á la frontera lorenesa, de los cuadros comparativos de las fuerzas activas de Prusia y de Francia.

Suscitóse en esto la cuestión de la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern para el trono de España, y á la interpelación de un diputado, contestó el ministro Gramont:

—«Verdad es que el general Prim ha ofrecido al príncipe Leopoldo Hohenzollern la corona de España y éste la ha aceptado. Pero el pueblo español no ha dado todavía su fallo, y no conocemos tampoco los detalles ciertos de una negociación que se nos ha ocultado... Mas no creemos que el respeto de los derechos de un pueblo vecino nos obligue á tolerar que una potencia extranjera, elevando uno de sus príncipes al trono de Carlos V, pueda desbaratar, en detrimento nuestro, el equilibrio europeo de las fuerzas y poner en peligro los intereses y el honor de la Francia. Mas tenemos la firme esperanza de que no se realizará esta eventualidad. Para impedirla, contamos con la amistad del pueblo alemán y la prudencia del pueblo español. Si así no fuese, fuertes con vuestro apoyo, señores, y el de la nación, sabríamos llenar nuestro deber sin vacilación ni debilidad.

—¿Luego queréis la guerra?—exclamó entonces Cremieux.

» El ministro Ollivier replicó:

—«El Gobierno desea la paz, la desea con pasión, pero con honra. Si algún día creemos inevitable la guerra, no la empeñaremos sin antes haber pedido y alcanzado vuestro concurso.»

Después de la sesión, el primer ministro Ollivier telegrafaba á Napoleón dándole cuenta de lo que en ella había pasado: «En el primer momento, decía, el arranque ha traspasado el objeto. Se habría dicho que era una declaración de guerra.» Éralo en realidad; mas el Gobierno quería, cuando menos, guardar las apariencias.

Pero prueban que la guerra estaba ya decidida por él, estos dos despachos fechados el día mismo de la declaración de Gramont:

«El embajador de España al Ministro de la Guerra en Madrid:

» Lejos de haber atenuado los efectos de la primera impresión, la declaración del Gobierno y la actitud del Cuerpo legislativo pueden considerarse como presagio cierto de una guerra contra Prusia si un príncipe prusiano llegase á ser Rey de España...—Olózaga.»

«A S. M. el Emperador, Saint-Cloud:

» Recibid mis felicitaciones más ardientes. La

Francia entera os seguirá. El entusiasmo es unánime.—Persigny.»

Desde el 6 de Julio, pues, la guerra estaba decidida á todo trance; acaso en su política incolora, pero ambiciosa, Napoleón quería con un golpe teatral, ó como en una partida de dados, arriesgar su poder creyendo que imprescindiblemente lo consolidaría como con la guerra de Italia. Sabía que el pueblo estaba poco satisfecho de su Gobierno personal arbitrario y pretendía deslumbrarlo y hacerse amar con brillantes triunfos que, acaso en su imaginación, esperaba como seguros: de otro modo, no se concibe la obcecación de aquel hombre y menos se comprendería la de sus Ministros, quienes, en realidad, no intentaban más que aferrarse bien al poder que se les escapaba, aunque para ello debiesen sacrificar la nación.

El día 8 del mismo Julio el diputado Leusse telegrafaba al alcalde de Seltz (Bajo Rhin):

«Enviad un hombre inteligente á Rastadt (del Rhin) y telegrafiadme lo que hacen los pontoneros badenses.»

Los periódicos ministeriales sobrepujaban en bélico ardor al Gobierno mismo, y de ellos conserva en la memoria toda Europa, artículos que son padrones de ignorancia y estupidez, en los cuales no sólo se intentaba acallar toda observación prudente, digna, concienzuda, sino que se atacaba hasta el sentido común, como si de la nación francesa ó de su parte oficial, sobre todo, se hubiese apoderado un espantoso *delirium tremens*.

Como quiera que al saberse la noticia de dicha candidatura en Francia, se pusiera en actividad la diplomacia de aquella con respecto de Prusia, se aguardaba la respuesta de las negociaciones competentes, con sobreexcitación, con afán. El 11 de Julio Gramont «rogaba á la Cámara que se contentase por de pronto con informes incompletos», pues se estaban siguiendo las negociaciones. Mas la impaciencia no podía contenerse, y el Consejero del Emperador, Clemente Duvernois, presentaba el día 22 una interpelación concebida en estos términos: «Pedimos interpelar al Gabinete sobre las garantías que ha estipulado para evitar la repetición de complicaciones incesantes con Prusia.»

Al día siguiente, Gramont leyó al Cuerpo legislativo la comunicación relativa á la retirada de la candidatura del príncipe Hohenzollern. Mas, ¿qué hace entonces otro Consejero de Napoleón, el diputado, barón Jerónimo David? Presenta también una interpelación así expresada:

«En vista de la respuesta dada por el señor mi-

nistro de Estado, presento la demanda de interpe-
lación siguiente:

Considerando que las declaraciones firmes, cla-
ras, patrióticas del Ministerio en la sesión del 6 de
Julio corriente, fueron acogidas con favor por la
Cámara y el país;

Considerando que tales declaraciones del Minis-
terio están en oposición con la lentitud de las nego-
ciaciones con Prusia;

Pido interpelar al Ministerio sobre las causas de
su conducta en el exterior, que, no solamente cau-
san perturbación en las diversas ramas de la riqueza
pública, sino que también pèligran de atentar á la
dignidad nacional.»

Por mucho que se quiera aducir en contra, no
podrá probarse que el imperio dejase de anhelar la
guerra. Verdad es que toda la nación en su inmensa
mayoría, se inclinó del partido de la guerra, pero
lo cierto es que los bonapartistas fueron los que
más contribuyeron á ensanchar el foco y avivar la
hoguera. Pablo de Cassagnac dejó escapar el se-
creto de los bonapartistas cuando escribió estas
palabras en el *Pays*:

«Para nosotros la guerra está imperiosamente re-
clamada por los intereses de la Francia y *por las*
necesidades de la dinastía.»

Eso dice que la guerra era inevitable, conforme
queda indicado.

El Ministerio esperaba impaciente la respuesta de
Prusia, deseando una negativa. El 12, sin embargo,
Ollivier hacía la famosa declaración, renegada al día
siguiente, por su colega Gramont que la calificó
de *proposición de pasadizo*. «Jamás hemos pedido
otra cosa que la renuncia del príncipe de Hohen-
zollern, decía Ollivier; nunca hemos pedido más
que eso, y nuestras comunicaciones á Prusia no se
han referido nunca al tratado de Praga. Ya
no hay, pues, candidatura del príncipe de Hohen-
zollern, nosotros no la queríamos: luego ha termi-
nado el incidente.»

Como decíamos, el duque de Gramont leía el
día 13 la siguiente comunicación á la Cámara: «El
embajador de España nos ha anunciado oficialmente
la renuncia del príncipe Leopoldo de Hohenzollern
á la candidatura del trono de España. (*Sensación.*)
Las negociaciones que seguimos con Prusia y que
nunca han tenido otro objeto, no están todavía ter-
minadas. Nos es, pues, imposible hablar de ellas y
someter hoy á la Cámara y al país una exposición
general del negocio.»

De todos modos se creyó en la paz.

El imperio acababa de conseguir un señalado

triunfo diplomático: á la mera indicación de Fran-
cia, Prusia había cedido aconsejando al príncipe
Leopoldo que desistiera, y podía realmente verse
en todo ello una prueba de la influencia francesa.
Pero tal vez Bismark esperaba una provocación
mayor por parte de la Francia, y era de esperar
dada la exaltación que había despertado el Gobierno
mismo, entre la población francesa. En efecto, ésta
se quiso mostrar resentida, y puesto que se había
cedido tan fácilmente, por *temor*, sin duda, de la
fuerza francesa, se dió por ofendida de que fuese el
príncipe Antonio (su padre) y no Leopoldo de Ho-
henzollern ó Bismark quien diese la respuesta al Go-
bierno francés. «Aquel drama, que comenzó siendo
tragedia y acababa como una comedia, no *satisfizo á*
nadie.» Y entonces se le antojó al Gobierno, exal-
tado como el gran partido de la guerra, ó ya de la
completa reparación del honor nacional, pedir lo que
llamaba *garantías*. Consistían éstas en que la Pru-
sia se comprometiese formalmente á impedir que
reinase en España cualquier príncipe alemán. ¿A
qué venía tal alarde? ¿No había cedido dignamente
la Prusia? ¿Pues qué más se quería? ¿Hacerla pasar
por una humillación absurda? Lo que se quería, si
no era la guerra, era sobreponerse á la poderosa
nación que acababa de vencer con asombrosa rapi-
dez al Austria, y eso era inadmisibile aun para
potencias más inferiores.

Benedetti fué el encargado de exigir al rey Gui-
lhermo una promesa, un empeño semejante. Ya
el 7 de Julio telegrafió Gramont á Benedetti que
pasara á Ems, donde se hallaba el rey de Prusia.
Este, que se trasladaba allí con ánimo de descansar
durante el rigor del verano, contestó á Benedetti
que ya había *aconsejado*, y mucho antes de que
Francia lo supiera, al príncipe Leopoldo de Ho-
henzollern, que dejase de aceptar la candidatura
del trono de España; que para esa grave cuestión
no se le había consultado con antelación y que, en
todo caso, no era él jefe de la casa de Hohenzo-
llern, y que lo que únicamente podía hacer era dar
un consejo. Por esto había respondido el príncipe
Antonio, de quien la prensa francesa se había
reído á placer, como avezada á reirse hasta de las
cosas más solemnes y trascendentales. Guillermo,
lo mismo que la Alemania, no esperarían sin
duda la guerra que les amagaba. En todo caso
quien la esperaría sería Bismark que, conociendo
muy bien el carácter de los franceses, comprendía
que no podrían menos de extralimitarse de una
manera por demás imprudente. Si esto lograba,
tenía la guerra con Francia, reprobada ésta por toda

la Europa y desamparada en medio de su aisla-
miento de la fuerza material y de la opinión de las
potencias. Pero allí estaba Benedetti para realizar la
quijotada necesaria para encender la guerra. Con
una infatuación que no podía comprenderse, expuso
las garantías que Francia exigía y habló de que la
Francia estaba resuelta á impedir otra fundación del
imperio de Carlos V.

Grande fué la sorpresa en Alemania. Sin embar-
go, aun se esperaba terminar en bien aquel acci-
dente. *La Correspondencia de Berlín*, órgano mi-
nisterial, «esperaba, decía, que Bismark arreglaría
el negocio». Y efectivamente, los círculos bien in-
formados miraban en Alemania terminada la cosa
desde el momento en que se vió la renuncia de dicha
candidatura. Los despachos oficiales no permiten
dudas en esta cuestión. Un agente francés telegrafiaba
en 13 de Julio á París: «Rey permanece en Ems.
Diplomáticos alemanes dicen: este negocio ser para
Prusia otro Olmutz. Todo terminado; Bismark
vuelve á Varzin después de enviar Eulenburg á Ems.
Gorschakoff marcha á Petersburgo. Bolsa sube
La Gaceta de la Cruz decía que «ahora la sola cues-
tión estriba en saber si Francia quiere la guerra.»
Pues claro que la quería. «Esta guerra, repetía la
Emperatriz, *es mi guerra, la necesito.*»

Y á Ollivier se le atribuye que gritaba respecto
del ejército prusiano: «*Lo exterminaremos*»

Diariamente se formaban numerosos grupos de
hombres, que cual si hubiesen estado amotinados
recorrían las calles y plazas, y con desaforados
gritos daban vítores á la guerra.

«¡A Berlín! ¡A Berlín!» exclamaban gritos que des-
caradamente se repetían bajo los balcones de la
embajada prusiana, espectáculo repugnante y de-
plorable por lo repetido.

Al mismo tiempo Benedetti seguía con torpe
insistencia reclamando y exigiendo garantías al rey
de Prusia, llegando hasta el punto de que un día
que le vió en el paseo, se fué hacia él para hablarle
del constante asunto.

El Rey tuvo la complacencia de escucharle y la
suficiente calma para no contestarle cual se merecía,
por las baladronadas que resultaban de la mayor
parte de sus palabras revestidas de ciertas formas
inconvenientes y poco cortesanías.

Separóse el Rey para ir á comer, deseoso tal vez
de deshacerse de su constante perseguidor, pero al
poco rato el importuno embajador francés, expo-
niéndose á que se le cerrasen las puertas del pala-
cio, se personó de nuevo en aquél, solicitando hablar
al que poco antes dejara.

El Rey, sin embargo, tuvo la amabilidad de con-
testarle por boca de un oficial á su servicio, «que
con mucho gusto recibiría al señor Benedetti para
hacerle personalmente una visita, más no al señor
Benedetti para ir á tratar en nombre del soberano
de las Tullerías de negocios, á semejante hora.»

Retiróse Benedetti, y sin perder un momento
expidió al Ministro el siguiente despacho:

«El Rey ha recibido la respuesta del príncipe de
Hohenzollern, es del príncipe Antonio, y anuncia
á S. M. que el príncipe Leopoldo ha desistido de
su candidatura á la corona de España. El Rey me
autoriza para manifestar al gobierno del Emperador
que aprobaba esta resolución.

»El Rey ha encargado á un ayudante suyo que
me diera esa comunicación, de la cual reproduzco
exactamente los términos. No habiendo hecho
anunciar nada á S. M. de la promesa que reclama-
mos para lo venidero, solicito otra audiencia para
someterla de nuevo y desarrollar las observaciones
que le hice esta mañana.

»Al pedirle otra audiencia, el Rey me ha hecho
responder que no puede emprender de nuevo con-
migo la discusión relativa á las seguridades que á
nuestro parecer debían dárseos para lo futuro.
S. M. ha mandado que me dijeran que en este
punto se refería á las consideraciones que me había
expuesto por la mañana, y cuya substancia os he
dado á conocer en mi último telegrama.»

Emilio Ollivier debía hacer conocer al Cuerpo le-
gislativo la consecuencia ó continuación de tal in-
cidente.

«Creo de mi deber, dijo en la sesión del día 15
de Julio, transmitir la copia casi textual del des-
pacho telegráfico mandado por el conde de Bis-
mark. Dice así:—«Después de comunicar oficial-
mente al Gobierno francés y al Gobierno español la
renuncia del príncipe de Hohenzollern, el embaja-
dor ha pedido á S. M. el Rey, en Ems, que le
autorizara para telegrafiar á París que S. M. se
comprometía á negar en todo tiempo su consenti-
miento si el príncipe de Hohenzollern volvía á to-
mar aquella determinación. S. M. se ha negado á
recibir otra vez al embajador, mandándole decir
por un ayudante, que no había de hacerle ulterior
comunicación.

»Esta noticia de la negativa de recibir á nuestro
embajador no ha sido un secreto para nadie. Se ha
difundido por toda Alemania; los periódicos oficio-
sos la han reproducido en suplementos, y en cier-
tos parajes estos periódicos han sido fijados en las
paredes. Los ministros prusianos la han anunciado